

tan luego como han invadido el campo de la aplicacion; y hasta los números, en medio de su inflexible autoridad, se doblegan á infinitas modificaciones desde el momento que entran en la esfera de las combinaciones humanas.

Una religion impuesta con la cimitarra, como el islamismo, podria, obrando lógicamente, proscribir todas las demás; pero no una religion que hace todas sus conquistas con la palabra, con la persuasion, que se ha desarrollado y difundido á favor de la tolerancia, y que de la tolerancia vive en infinitos puntos del globo.

En los primeros años de la Iglesia no aspiraban los cristianos á imponer sus creencias: tan solo pedian algunos palmos de tierra para levantar un templo al Hijo de Dios. En vano la tiranía los arrojaba á las fieras del circo romano; en vano se les hacia quemar vivos para que iluminasen durante la noche las impúdicas bacanales de Neron; en vano el feroz Tito los degollaba á millares en las calles de Jerusalén; la persecucion multiplicaba el número de los creyentes, y entonces el cristianismo ostentaba toda su pureza, todo su esplendor.

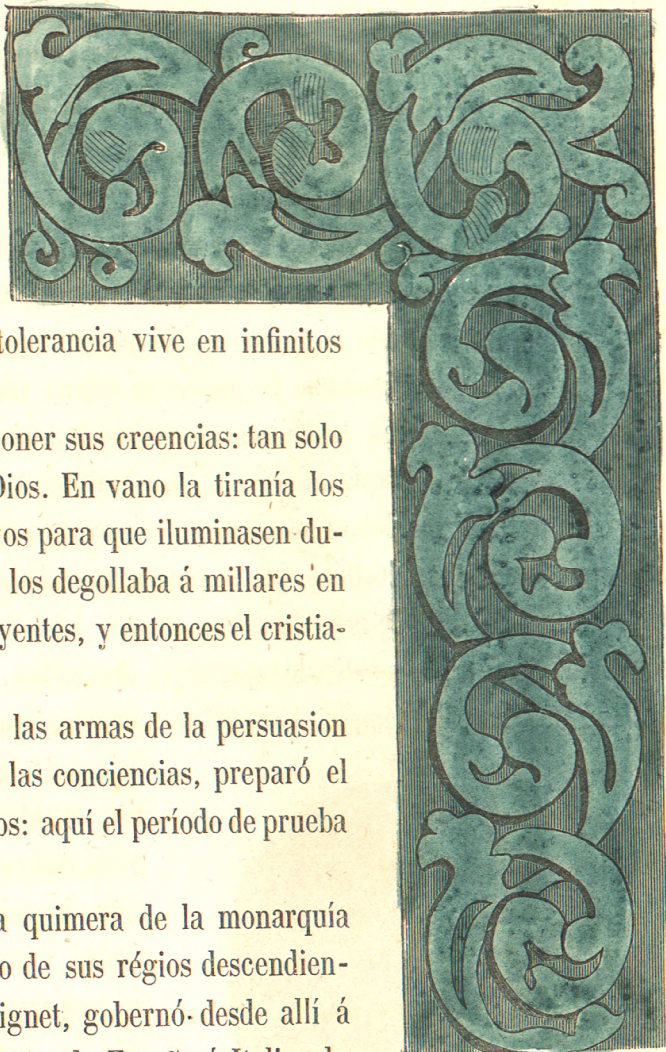
Posteriormente el fanatismo, á imitacion de Campanella, abandonó las armas de la persuasion y empuñó la espada de Diocleciano. En vez de llevar la persuasion á las conciencias, preparó el instrumento de la tortura y encendió hogueras para subyugar los cuerpos: aquí el período de prueba para el cristianismo.

Ya el padre de Felipe II habia consumido su vida en perseguir la quimera de la monarquía universal; quimera que, como veremos despues, fué soñada por alguno de sus régios descendientes. Situado en Flandes su mas céntrico dominio, dice el historiador Mignet, gobernó desde allí á todos los demás: tuvo que acudir sin cesar de los Países-Bajos á España, de España á Italia, de Italia á Francia, y de Francia á Alemania. Aquel rayo de la guerra, como le llama Cervantes, tenia que celebrar cortes, sofocar insurrecciones y presentar batallas. La fortuna le sonrió en un principio; los castellanos insurrectos fueron derrotados en Villalar, los flamencos rebeldes en Gante, los franceses en Italia, los alemanes en las orillas del Danubio y el Elba. Pero era preciso moverse sin cesar y estar venciendo siempre; y aquella misma vida sin reposo y aquellas mismas victorias sin término acabaron por cansarle y abatirle. Tornóse meditabundo y sombrío, merced á la habitual tristeza que su madre le legó; tristeza que permaneció oculta en su pecho durante todo aquel período de agitaciones, durante aquella vida de movimiento continuo, sugiriéndole primero la abdicacion, y llevándole luego á la celda de Yuste, donde le hemos visto ya.

Pero volvamos á la comision encargada por Felipe II para reunir reliquias, y veamos de qué manera terminaron su cometido, que harto lejos de aquel punto nos ha conducido la utopia de Campanella.

Deseosos por su parte los comisionados de presentar á Felipe II el fruto de sus investigaciones y trabajos, forraron las cajas que contenian los tesoros con fuertes encerados, y salieron de Colonia á 30 de diciembre de 1597, sacando los cajones en un carro con gran sigilo, segun dice Sigüenza, por temor de los herejes, y con arreglo á las órdenes del Rey. Despues de algunos ligeros contratiempos llegaron á Barcelona el 16 de marzo del siguiente año, desde donde Gabriel de Roi tomó la posta para anunciar al Monarca la llegada á España, y recibir órdenes. Fr. Baltasar, que en este asunto, aunque con la mejor intencion, habia tenido la fatalidad de no dar un paso acertado, dispuso entre tanto hacer con las reliquias una solemne procesion; y para adornar las cajas y andas que debian conducir las mandó hacer muchos ramilletes de seda, pabellones y flecos de oro y plata, empleando en ello no poco dinero, pero de todo punto inútil, pues antes que se llevase á cabo el improvisado festejo, regresó Gabriel de Roi con orden espresa de S. M. para que, sin la mas pequeña ostentacion y sin detenerse un momento, caminasen hasta llegar á Barajas, donde recibirian órdenes. No parecia sino que Felipe II, dotado de una facultad intuitiva, leia desde su palacio en el pensamiento de Fr. Baltasar. La presencia del fluido conductor de la palabra, ó los sorprendentes efectos del mesmerismo, sepultados aún en las regiones de la humana ignorancia, no hubieran tenido mas al corriente al fundador del Escorial de cuanto pasaba cerca del Rin. Esta circunstancia, que la vemos repetida con frecuencia durante la vida de Felipe II, nos prueba de un modo evidente el gran tino que siempre presidió en la eleccion de sus servidores.

Hizose así en efecto, y apenas llegaron á aquel punto se hallaron con un mandato en que se les hacia saber, que para el 8 de mayo habian de estar las reliquias en Madrid. Tal era la voluntad del Monarca, y así se cumplió. Llegó por fin el anhelado



tesoro á manos de Felipe II, y fuera tarea harto difícil espresar el contentamiento y satisfaccion que recibió al recorrer y examinar uno por uno aquellos santos despojos, asi como todos los documentos y escrituras que acreditaban su autenticidad. Pronto tendremos ocasion de estudiar la estremada devocion del Monarca hácia esta clase de objetos.

Satisfecho en parte su primer deseo, mandó S. M. que fuesen trasladados inmediatamente al Escorial, custodiados por Fr. Delgado y Fr. Martin de Villanueva, con instrucciones suyas acerca del recibimiento que debia hacerseles⁽¹⁾. Cumpliendo al pié de la letra el programa del Rey, se dispuso lo siguiente: depositadas las cajas en la capilla del Sitio el dia 14, se hizo por la tarde una solemnísima procesion por medio de una calle de árboles y flores harto apacible y fresca, que se formó desde la puerta del pórtico hasta la de la capilla pasando por la Lonja, y las santas reliquias fueron conducidas en hombros de sacerdotes vestidos de diáconos. El ambiente estaba impregnado de fragancia: era una zona no interrumpida de acacias, naranjos, mirtos, arrayanes, terebintos y rosales, formando una alfombra odorífera que contribuia á embalsamar aquella deliciosa atmósfera, y servir de tapiz al paso de la ostentosa procesion.

Las campanas mezclaban su clamoreo al susurro de la muchedumbre, semejante al mujido de la mar que se estrella en las playas, ó al fluido eléctrico que se pierde entre las últimas tempestuosas nubes.

Las auras de la tarde eran frescas y suaves. La naturaleza parecia revivir al hálito de los céfiros, y como si pugnase contra las inclementes regiones estivales que se le acercaban. Las puertas, los arcos, jambas y pilastras, tanto del pórtico principal como del vestíbulo del templo, todo estaba cuajado de composiciones poéticas en romance, epigramas en latin, y otros versos líricos de mucha devocion, compuestos todos por los individuos de la corporacion. Los vestidos de los diáconos, en número de 16, eran riquísimos, unos de tisú de plata con cenefas y cordones blancos, otros encarnados de tela adamascada y maraña de seda, otros color de junquillo de ricos brocados con cenefas tejidas ó recamadas, y los últimos cuatro de color carmesí con lujosos adornos. Seguian á aquellos seis caperos ó cantores, y detrás el Prior con su acompañamiento de diácono y subdiácono, todos con un lujo extraordinario.



D. CRISTOBAL DE MORA.

Y al compás de los himnos sagrados que entonaban 150 religiosos, sin contar 40 niños del seminario que asistieron con sobrepellices y grandes candeleros de plata, efectuóse la entrada de las reliquias en el templo. Levantóse un acta, que se envió á S. M. juntamente con las poesias y algunos dibujos que representaban esta fiesta, enterándose el Monarca de todo, y aun leyendo los versos, á pesar de la repugnancia que siempre mostró á la poesía: deleitóle mucho la relacion de lo ocurrido, y tuvo sobre todo especial satisfaccion en ver que todas sus órdenes habian sido puntualmente cumplimentadas.

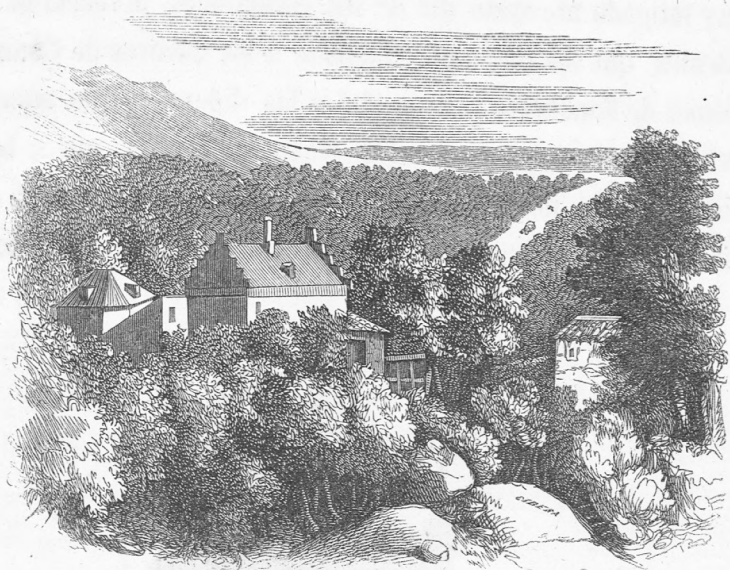
Pero desgraciadamente para Felipe estas satisfacciones habian de ser muy pasajeras, y acaso las últimas. Mas de 20 años hacia que le mortificaba la gota, y una calentura casi imperceptible iba insensiblemente consumiéndole y demacrándole hacia ya dos años⁽²⁾: estas continuas dolencias le habian debilitado y gastado hasta el punto de no poder andar ni un paso; de modo que aquel cuerpo debilitado y cadavérico hubiérase dicho que solo se sostenia en fuerza del vigor y energía de su temple. Las noticias de la funcion del Escorial parecieron infiltrar en su cuerpo algunos grados de vitalidad, por lo que mas reanimado determinó marcharse á donde estaban sus delicias. De nada sirvieron los consejos de los facultativos; empeñóse en que le llevaran á su morada predilecta, y dirigió estas palabras á D. Cristóbal de Mora: «Quiero que me lleven vivo donde está mi sepulcro.» Preciso fué complacerle, respetando al propio tiempo su mandato. Se le hizo una silla á propósito, en la que podia ir casi echado, y conducido por hombres que caminaban con suma lentitud é

⁽¹⁾ Andaba el Rey tan codicioso, dice Sigüenza, y tan santamente avariento en esto, que pasaron sobre el caso cuentos estraños; porque con ser tanta la multitud de reliquias y piezas tan grandes y notables, se le iban los ojos tras cualquiera partecilla que se desmoronaba ó caia, ó le parecia que podian tomársela; en ninguna parte las tenia por seguras; de todos sospechaba y se recelaba. Hacia que le pusiesen muchas de ellas en los ojos, en la boca y en la cabeza, y sobre todo en las manos, donde le apretaba aquellos dias la gota; y despues de haberse recreado en el alma, y dádose (digámoslo así) un verde de aquellas flores del cielo, dió orden para que las volviesen á guardar. (*Historia de la Orden de San Gerónimo*, por Fr. José de Sigüenza, parte 3.ª, página 664, línea 15.)

⁽²⁾ Las cartas originales del rey, fechadas en el Escorial á 5 de octubre de 1579, dirigidas al Duque de Osuna, y que existen en el archivo del Ministerio de Estado, nos demuestran que hacia ya mas de 20 años que Felipe II padecia de podagra.

igualdad para no ocasionarle el menor movimiento brusco, salió de Madrid, á donde habia dispuesto Dios que no debia tornar.

Emprendió el viaje el dia 30 de junio de 1598; pero eran tantas su debilidad y fatiga, y tan agudos y crueles los dolores que sentia en su cuerpo, que tardó 6 dias en recorrer este cortísimo camino. Entre cinco y seis de la tarde del 5 de julio llegó á la Fresneda, acompañado de sus hijos, donde halló al prior Fr. García, con algunos otros de los monjes mas distinguidos, dispuestos á recibirle.



LA FRESNEDA.



FRAY GARCIA.

No se atrevió á llegar al Monasterio, á pesar del aparente alivio que parecia animarle, pasando aquella noche en la Fresneda, cosa que nunca habia hecho. El Príncipe y la Infanta, que durmieron en Valdemorillo, á legua y media del Escorial, se unieron á la mañana siguiente á él, comieron en su compañía, y por la tarde subieron juntos al Monasterio. Hízose llevar el Rey á la iglesia al dia siguiente, donde pasó mucho tiempo en oracion, y el 8 dió principio á su última revista, verificando la postrer despedida de todos y cada uno de aquellos caros objetos que su atrevida imaginacion concibiera y su enérgico poder realizara.

Casi inmóvil, tendido en una silla, y conducido en brazos de sus criados, recorria aquel hombre cadáver todos los depar-



EL DOCTOR GARCIA DE OÑATE.

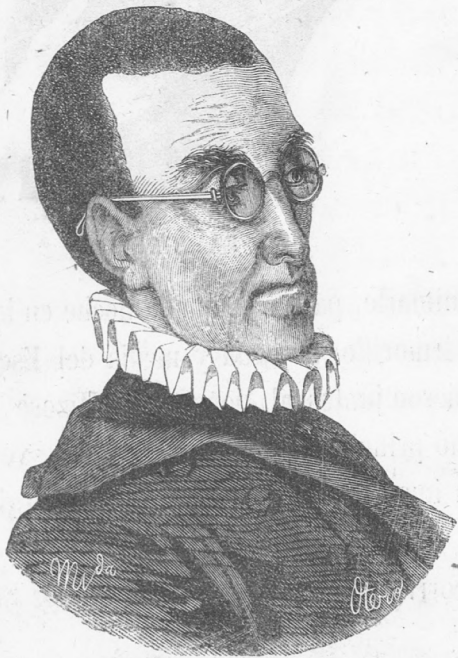


EL DOCTOR ANDRÉS ZAMUDIO.

tamentos; y como sus facultades intelectuales se hallaban aún en todo su vigor, y la voluntad no le habia abandonado, podia aún enterarse de muchos pormenores. Vió con detencion los relicarios, y dió algunas disposiciones acerca de los mismos para la mejor custodia y conservacion de las santas reliquias; solazóse algun tiempo á la vista de las ricas bóvedas y del bellissimo

conjunto de la biblioteca, recientemente terminada; pasó á la de manuscritos, que estaba contigua, y se hizo subir á la alta, donde el P. Sigüenza acababa de practicar una nueva y acertada distribucion de los libros en los estantes. Fue sucesivamente recorriendo el edificio todo, como despidiéndose de él; inspeccionó las cosas mas pequeñas que se acababan de hacer ó que se habian concluido durante su última ausencia; y empleó cuatro dias consecutivos en esta visita inspectora y postrimera, en que tanto gozaba su febril imaginacion.

Pero esta misma distraccion, que en otros momentos hubiera sido acaso un antidoto moral de gran resultado, era en su postracion un ligero y efimero paliativo, que despues de hacerle trocar ficticiamente los graves dolores en dulces emociones, terminaba por producir no poca alteracion en su fisico. Sintióse muy fatigado al cuarto dia de sus escursiones, acrecentóse la intensidad de la calentura, y declaráronse por último unas intermitentes, que dieron no poco cuidado á los médicos de Cámara los Doctores García de Oñate, Andrés Zamudio de Alfaro y Juan Gomez de Sanábria (*). Eran tantas las dolencias que aquejaban al ya entonces decaido espíritu del Monarca, que los facultativos dudaron entre combatir de frente la afeccion, que si bien por sí no podia comprometer la vida del enfermo, atendidas las circunstancias individuales era muy grave, ó reducirse á los límites de una prudente espectacion. A pesar de esta solicitud preciso era tener en cuenta la edad del enfermo (mas de 70 años),



DOCTOR JUAN GOMEZ DE SANABRIA.



FR. DIEGO DE YEPES.

su decaida naturaleza, mortificada y acosada á la vez por tantas enfermedades, para desconocer que aquella recrudescencia era de mucha consideracion, y precursora de la muerte. En los últimos siete años de los veinte que hemos dicho le affligia la podagra, se le acrecentó con tal fuerza que le sobrevinieron frecuentes y terribles dolores, obligándole á apoyarse casi siempre en una especie de muleta. Unióse á estos padecimientos la fiebre ética, que le consumia y demacraba, y agotando por completo sus fuerzas terminó por ocasionar en el enfermo una hidropesía, con todo el cuadro nosológico que acompaña á esta enfermedad de suyo tan grave.

Tal era el triste estado del Monarca cuando en esta última vez hemos dicho que se hizo llevar al Escorial. Allí le condujo solo su fuerza de voluntad en virtud de sus arraigadas creencias, del acendrado amor que profesaba á aquella casa, y del afecto que tenia á sus moradores; allí, á la vista de aquel incomparable edificio que él mismo habia levantado orgulloso para gloria de su siglo, y de cuya realizacion tanto se holgara, debió experimentar cuán insignificante es el poder del hombre comparado con el del que rige los destinos del universo. ¡Pobre mortal! ¡Y cuán pronto se divisa sobre tu frente el sello de la miseria! ¡Cuán presto echas de ver que la vida no es mas que un viaje por el vacío con un parador al fin, que es la eternidad! La calentura que le habia acometido el 22 de julio se exacerbó de tal suerte, que puso á cada momento su vida

(*) Este estaba en calidad de agregado. Tenemos á la vista la obra que de orden del Arzobispo de Toledo publicó en 1599, titulada *Discursos en la muerte del prudentísimo Rey D. Felipe II*, Fray D. Antonio Cervera de la Torre, sacristan mayor de la Orden de Calatrava, de la cual no hay la menor duda que hasta el P. Sigüenza tomó apuntes, puesto que reproduce muchas de sus frases.